

## LA SUPERFICIE DE LA CUESTIÓN

¿De qué se compone un motín?—De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco á poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que se lamentan y las arrastra.

¿A dónde?

Al acaso. Al través del Estado, al través de las leyes, al través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

La convicción irritada, el entusiasmo frustrado, la indignación conmovida, el instinto de guerra comprimido, el valor de la juventud exaltado, la ceguedad generosa, la curiosidad, el placer de la variación, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace experimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo y al oír en el teatro el silbato del maquinista; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, la vanidad que cree que ha fracasado el destino; el malestar, los pensamientos profundos, las ambiciones rodeadas de abismos; todo el que espera de un derrumbamiento una salida, y, en fin, en lo más

bajo, la turba, ese lodo que se convierte en fuego: tales son los elementos del motín.

Lo más grande y lo más infimo; los seres que vagan fuera de todo, esperando una ocasión, gitanos, gente sin profesión, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen por la noche en un desierto de casas, sin más techo que las frías nubes del cielo, los que piden cada día su pan al acaso y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos, pertenecen al motín.

Todo el que tiene en el alma una rebelión secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida ó de la suerte, tiene afinidad con el motín, y desde que se presenta empieza á temblar y á sentirse conmovido por el torbellino.

El motín es una especie de tromba de la atmósfera social, que se forma de repente en ciertas condiciones de temperatura, y que en sus remolinos sube, corre, truena, arranca, corta, rompe, demuele, desarraiga, arrastrando consigo los ánimos grandes y los pequeños, el hombre fuerte y el débil, el tronco del árbol y la arista de paja.

¡Desgraciado aquel á quien arrastra, lo mismo que aquel con quien choca! Los estrella uno contra otro.

Comunica á los que coge un poder extraordinario. Lleva al primero que encuentra con la fuerza de los sucesos, y hace de todo proyectil; convierte un canto en una bala y un arenero en un general.

Si se ha de creer á ciertos oráculos de la política recelosa, bajo el punto de vista del poder, un motín es una cosa deseable. Para ellos, es un axioma que el motín afirma á los gobiernos si no los destruye; porque pone á prueba el ejército, concentra á los ciudadanos, estira los músculos de la policía y pone de manifiesto la fuerza del esqueleto social. Es un ejercicio

gimnástico, casi higiénico. El poder se siente mejor después de un motín, como el hombre después de una fricción.

El motín, hace treinta años, se consideraba además bajo otros puntos de vista.

Hay para todo una teoría que se llama á sí misma «del sentido común». Filinto contra Alceste; mediación ofrecida entre lo verdadero y lo falso; explicación, admonición, atenuación un poco altiva que, porque tiene cierta mezcla de culpa y de excusa, se cree la sabiduría, y no es más que la pedantería. Toda una escuela política, llamada del justo medio, ha salido de aquí. Entre el agua fría y el agua caliente, hay el partido del agua tibia. Esta escuela, con su falsa profundidad enteramente superficial, que disecciona los efectos sin remontarse á las causas, censura desde lo alto de una semiciencia las agitaciones de la plaza pública.

Según esta escuela, «los motines que complicaron la revolución de 1830, quitaron á este gran acontecimiento una parte de su pureza. La revolución de julio había sido un hermoso huracán popular, seguido inmediatamente de la calma; pero los motines volvieron á nublar el cielo; hicieron que degenerase en aquélla esta revolución, tan noble al principio por su unanimidad. En la revolución de julio, como en todo progreso que se realiza por una sacudida, había habido fracturas secretas; el motín las hizo sensibles, y pudo decirse: ¡Ah! esto está roto. Después de la revolución de julio, sólo se sentía la libertad; después de los motines, se conoció la catástrofe.

»Todo motín cierra las tinieblas, hace bajar los fondos, asusta á la Bolsa, suspende el comercio, detiene los negocios, precipita las quiebras; se retira el dinero, las fortunas privadas están inquietas, el crédito público perdido, la industria desconcertada, los

capitales retroceden, el trabajo menos pagado, en todas partes reina el miedo, la reacción en todas las ciudades. De aquí salen los precipicios; se ha calculado que el primer día de motín cuesta á Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. Un motín de tres días cuesta ciento veinte millones; es decir, que no teniendo en cuenta más que este resultado económico, equivale á un desastre, á un naufragio ó á una batalla perdida que destruyese una escuadra de sesenta navíos de línea.

»Sin duda los motines tienen sus bellezas históricas; la guerra de las calles no es menos grandiosa ni menos patética que la guerra del campo; en la una está el alma de los bosques y en la otra el corazón de las ciudades; la una tiene á Juan Chonan y la otra á Juana. Los motines despiden llamas rojizas, pero espléndidas, y todos los rasgos más originales del carácter parisiense, la generosidad, el desinterés, la alegría tempestuosa, los estudiantes probando que la bravura es parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, los vivacs de los tenderos, las fortalezas de los pilluelos, el desprecio de la muerte en los transeuntes. Las escuelas y los regimientos se encuentran. Bien considerado todo, entre los combatientes no hay más que una diferencia de edad; son la misma raza, los mismos hombres estoicos que mueren á los veinte años por sus ideas, y á los cuarenta por su familia. El ejército, siempre triste en las guerras civiles, opone la prudencia á la audacia. Los motines, al mismo tiempo que manifiestan la intrepidez popular, educan en el valor al ciudadano.

»Pero ¿todo esto vale la sangre que se ha derramado? Y añádase á la sangre vertida el porvenir obscuro, el progreso comprometido, la inquietud, aún entre los mejores, los liberales honrados desesperando ya, el absolutismo extranjero viendo con

placer estas heridas hechas á la revolución por sí misma, los vencidos en 1830 triunfando y diciendo: ¡Ya lo habíamos dicho! Añádase á esto, que París tal vez puede engrandecerse con un motín, pero que Francia se empequeñece; y, por último, pues todo debe decirse, los asesinatos que deshonran con frecuencia la victoria del orden feroz sobre la libertad loca. En suma, los motines han sido funestos.»

Así habla esa casi sabiduría con que la clase de los pequeños propietarios egoístas, que es un casi pueblo, se contenta gustosa.

En cuanto á nosotros, rechazamos esa palabra tan extensa, y, por consiguiente, tan cómoda: los motines. Entre un movimiento popular y otro movimiento popular, hacemos una distinción. No nos preguntamos si un motín cuesta tanto como una batalla. ¿Y por qué como una batalla? Aquí se presenta la cuestión de la guerra. ¿Acaso la guerra es un azote menos sensible que la calamidad de un motín? Además, ¿son calamidades todos los motines? ¿Y qué aunque el 14 de julio costase ciento veinte millones? La instalación de Felipe V en España costó á Francia dos mil millones; pues, por igual precio, preferimos el 14 de julio.

Por otra parte, negamos esas cifras que parecen razones y no son más que palabras. Dado un motín, le examinamos en sí mismo. En todo lo que dice la objeción doctrinaria, expuesta más arriba, sólo se trata del efecto; nosotros buscamos la causa.

Vamos á explicarnos.